de no ser sentido! y era lo menos que sentia, lo mas que me pudiera suceder, que era la muerte, si recordara el conde. Porque como entré desnudo y sin armas, habia de ser á brazos la pendencia, y cuando de los suyos escapara, no pudiera de los de sus criados, pues no sabia cómo ni por dónde habia de huir. Y no fueron solas estas mis congojas, que adelante pasaron; porque don Luis y la condesa se reían, y hablaban tan descompuestos y recio, que les oia desde la cama casi todo lo que decian, con lo que me aumentaban el temor de que despertasen al conde, y entre mí me deshacia, viendo que no les podia decir que hablasen quedo, ya que se tardaban. Rebentaba con esto, y por no poderme apartar de allí un punto por esta negra honrilla. Despues de todo esto, ya cuando vieron el dia tan cerca que casi era claro, se vinieron risueños y juntos hácia la cama con una vela encendida, y llegándose adonde yo estaba con mucha grita y trisca, hacian grande ruido. Entonces vine á pensar si con el mucho contento se hubieran vuelto locos: ya me pesaba tanto de su desgracia como de mi desventura, pues habia de ser la infamia y castigo general en todos, y sin que alguno escapase de él, ellos por faltos, y yo por sobrado. Vime de modo que dentro de un espacio muy breve tuve mil imaginaciones, y ninguna que me pudiera ser de provecho; y estando en ellas, enmedio de mi mayor conflicto, se vinieron acercando á la cama, y tirando la condesa de la cortina, que ya podíamos claramente vernos, quedé sin algun sentido; tanto, que quisiera huir, y no pude; mas muy presto volví en mí; porque yo que siempre creí tener á mi lado al conde, alzando la condesa la ropa de la cama, descubrió el desengaño, y conocí no ser él, sino una señora doncella, hermana de la condesa, hermosa como la misma Venus. De lo cual, y de la burla que creí habérseme hecho, quedé tan atajado y corrido, que no supe hablar, ni otra cosa que hacer mas de levantarme como estaba en camisa, y salir á buscar mis vestidos, de que despues me avergoncé mucho mas de lo que temí antes. Vea pues vuestra señoría el peligro á que me puse, y juzgue por él debérseme dar la sortija. Riéndose mucho de esto el condestable, dijo que don Luis no debia tener queja del amor, pues aunque tarde y con trabajos, llegó á conseguir su deseo; y así, no era merecedor del premio puesto, ni tampoco don Rodrigo, porque no habia corrido algun peligro durmiendo con el conde, aunque habia sido muy donosa la burla que le habian hecho. Por lo cual juzgaba no ser alguno de ellos dueño del diamante, y sacándole del dedo, le entregó á don Rodrigo, para que le enviase á la doncella con quien habia dormido, pues ella sola padeció el peligro, y lo corriera su honra si fuera sentida. Con esto dió fin á su cuento, y todos muy contentos quedaron determinando si la sentencia del condestable habia sido discreta ó justa; loáronlo todos de cortesano, y con esto, haciéndoseles á cada uno la hora para sus negocios, poco á poco se deshizo la conversacion, y se despidieron por acudir á ellos.

CAPÍTULO V.

No sabiendo una matrona romana como librarse (sin detrimento de su honra) de las persuasiones de Guzman de Alfarache, que la solicitaba para el embajador su señor, le hizo cierta burla que fué principio de otra desgracia que despues le sucedió.

Los que del rayo escriben, dicen, y la experiencia nos enseña, ser su sobierba tanta, que siempre, menospreciando lo flaco, hace sus efectos en lo mas fuerte. Rompe los duros aceros de una espada, quedando entera la vaina: desgaja y despedaza una robusta encina sin tocar á la debil caña: postra la levantada torre y gallardos edificios, perdonando la pobre choza de mal compuesta rama. Si toca en un animal, si asalta un hombre, como si fuese barro le deshace los huesos, y deja el vestido sano: derrite la plata, el oro, los metales y moneda, salvando la bolsa en que va metida; y siendo así, se quebranta su fuerza en llegando á la tierra: ella solo es quien le resiste. Por lo cual en tiempos tempestuosos, los que sus efectos temen se acostumbran meter en las cuevas ó soterraños hondos, porque dentro de ellos conocen estar seguros. El ímpetu de la juventud es tanto, que podemos verdaderamente compararle con el rayo, pues nunca se anima contra cosas frágiles, mansas y domésticas, antes de ordinario aspira siempre y acomete á las mayores dificultades y sinrazones. No guarda ley, ni perdona vicio: es caballo que parte de carrera, sin temer el camino, ni advertir en el paradero. Siempre sigue al furor, y como bestia mal domada, no se deja ensillar de razon, y alborótase sin ella, no sufriendo ni aun la muy lijera carga. De tal manera desbarra, que ni aun con su antojo propio se sosiega. Y siendo cual decimos esta furiosa fiera, solo con la humildad se corrije, y en ella se quebranta. Esta es la tierra contra quien su fuerza no vale, su contrayerba y el fuerte, donde se halla fiel reparo. De tal manera, que no hay que esperar cosa buena en el mozo que humilde no fuere, por ser la juventud puerta y principio del pecado. Criéme consentido, no quise ser corregido, y como la prudencia es hija de la experencia que se adquiere por trascurso de tiempo, no fuera mucho si errara como mancebo; mas que habiéndome sucedido lo que ya de mí has oido en los amores de Malagon y Toledo, y debiendo temer como gato escal-

dado el agua fria, diese mas crédito á mujeres, y me quisiese dejar llevar de sus enredos; que no conociese con tantas experiencias y tales, que siempre nos tratan con cautela; ó nace de mucha simplicidad nuestra, ó demasiada pasion del apetito; y aquesto es lo mas verdadero y cierto. Y á Dios pluguiera que aquí parara, y en este puerto diera mi *plus ultra*, plantando las colunas de mi escarmiento, sin que (como verás adelante) no reincidiera mil veces en esta flaqueza, sin poderme preciar de que alguna hubiese salido con bien de la feria. Mas como el que ama siempre hace donacion á quien ama de su voluntad y sentidos, no es maravilla que como ajeno de ellos haga locuras, multiplicando los disparates. El embajador mi señor amaba una señora principal y noble, llamaba Fabia; era casada con un caballero romano, á la cual yo paseaba muy á menudo, y no con pequeña nota, pues ya por ello estaba indiciada sinrazon, porque de su parte jamás hubo para ello algun consentimiento ni causa. Mas como todos, y cada uno puede amar, protestar y darse de cabezadas contra la pared sin que la parte contraria se lo impida, mi amo hacia lo que su pasion le dictaba, y ella lo que á su honra y de su marido convenia. Verdad es, que no estábamos tan ciegos que dejásemos de ver por la tela de un cedazo, faltándonos de todo punto la luz: alguna llevábamos, aunque poca. El marido era viejo, mezquino y mal acondicionado: mirad qué tres enemigos contra una mujer moza, hermosa y bien traida. Con esto, y con que una familiar, criada suya (doncella que habia sido), era prenda mia, creí que por sus medios y mis modos, con las ocasiones dichas pudiéramos fácilmente ganar el juego. Mas ¿quién sino mi desdicha lo pudiera perder llevando tales triunfos en la mano? Salióme todo al revés; no es todo fácil cual lo parece; *virtudes vencen señales*, y nada es parte para que la honrada mujer deje de serlo. Cuando esta supo lo que con su criada me pasaba, procuró vengarse de ambos á su salvo, y mucho daño de nuestro amor y de mi persona en especial, porque como me viese solicitar esta causa tanto, y su doncella dama mia por mis intereses y gusto ayudase con todo su cuidado en ella, haciendo á tiempos algunas remembranzas, no dejando pasar carta sin envite, y aun haciendo de falso muchos, con rodeos que nunca le faltaban; de tal manera, que como la honrada matrona se viese acosada en casa, y ladrada en la calle de los maldicientes, no hizo alharacas, melindres, ni embelecos de los que algunas acostumbran para calificar su honestidad, y con aquel seguro gozar despues de su libertad. Que la mujer honrada con medios honrados trata de sus cosas, no dando campanadas para que todos las oigan y censuren, y que cada cual sienta de ellas como quisiere; porque como son los buenos menos, los mas juzgan mal por ser malos ellos, y aquella voz ahoga como la cizaña el trigo. Como esta señora era Romana, hizo un hecho ro-

mano: conociendo su perdicion, acudió al remedio con prudencia, fingiéndose algo apasionada, y aun casi rendida. Un dia que la criada la metió cierta coleta en el negocio, se la mostró risueña, y con alegre rostro la dijo: Nicoleta (que así se llamaba la moza), yo te prometo que sin que hubieras gastado conmigo tantas invenciones ni palabras estudiadas, me hubieras ya rendido la voluntad que tan salteada me tienes: porque yo se la tengo á Guzman y á su buen término. Además que su amo merece que cualquiera mujer de mucha calidad y mas mérito que yo, huelgue de su amistad y servicios. Mas como sabes, y has visto, no sé cómo sea posible ser nuestro trato seguro de lenguas, pues aun faltando causa verdadera, y no habiéndose dado de mi parte algun consentimiento (á lo que acaso deseo), ya se murmura por el barrio, y en toda Roma, lo que aun en mi casa, y contigo que sola pudieras venir á ser el instrumento de nuestros gustos, no he comunicado. Y pues ya está en términos que la voz popular corre con tanta libertad, y yo no la tengo para resistirme mas del amor de aquese caballero, lo que te ruego es que lo dispongas y trates con el secreto mayor que sea posible. Dile á Guzman que acuda por acá estas noches, para que una de ellas le des entrada y se vea conmigo si se ofreciere oportunidad para tratar algo de lo que deseamos. Nicoleta se arrojó por el suelo de rodillas, no sabiendo qué besar primero, si los piés ó las manos, y con la cara encendida en fuego de alegría no cesaba de rendirla gracias, calificando el caso, y afeando las faltas de su viejo dueño. Traíala á la memoria pasadas pesadumbres, mala condicion y sequedades que con ella usaba, para con ello mejor animarla en la resolucion que simplemente creyó haber tomado. Con esto se vino á mí desalada, los brazos abiertos, y enlazándome fuertemente con ellos, me apretaba pidiéndome las albricias; las que despues de ofrecidas, me refirió lo pasado. Yo con ella por la mano (como quien lleva despojos de alguna famosa victoria) nos entramos en el retrete de mi amo, donde con grande regocijo celebramos la buena nueva, dando trazas de la hora, cómo y por dónde habia yo de poder entrar á hablar con Fabia. Y dando mi amo á Nicoleta un bolsillo que tenia en la faltriquera con unos escudos españoles, hacia como que no queria recibirle, mas nunca cerró el puño ni encogió la mano, antes por la vergüenza la volvió atrás como el médico, y con una risita le daba gracias por ello; con esto se despidió de él y de mí. Quedóse mi amo dándome cuenta de sus amores, y yo á él parabienes de ellos, con lo que pasamos aquella tarde toda. Ya despues de anochecido, á las horas que tenia de órden, fuí á mi puesto, hice la seña, mas ni aquella noche ni en otras tres ó cuatro siguientes tuvo lugar el concierto. Llegóse un dia que habia muy bien llovido menudico y cernido, y á mis horas vine á correr la tierra con lodos (como dicen) hasta la cinta.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Apdo. 1625 MONTERREY, MEXICO

Llegué algo remojado, anocheció muy oscuro, y así fué todo para mí. Mi suerte (que no debiera) llegó á tener efecto. Como para las cosas de interés y gusto importe tanto despedir el miedo, y acometer á las dificultades con osado ánimo, yo lo mostré aquella vez mas de lo que importaba, pues con agua del cielo, y barro en el suelo, la noche tenebrosa, y dándome con la frente por las esquinas, vine al reclamo. Luego fuí conocido; empero hicieron por un rato estarme mojando, y tanto, que ya el agua que habia entrádome por la cabeza, me salia por los zapatos, mandándome esperase un poco. Y cuando ya no habia en todos mis vestidos ni persona nada que no estuviese remojado mucho, sentí que muy pasico abrian la puerta, y á Nicoleta llamarme. Parecióme aquel aliento que salió de su voz de tanto calor, que me dejó todo enjuto. Ya no sentia el trabajo pasado con la regalada vista de la fregoncilla de mi alma, y esperanzas de gozar de la de Fabia. Poco habíamos hablado, porque solo me habia dado el bien venido, cuando bajó la señora y dijo á su criada: Oyes, Nicoleta, sube arriba y mira lo que tu señor hace, y si llamare avísame de ello en tanto que aquí estoy con el señor Guzman hablando. A todo esto estábamos tan á oscuras que ni los bultos nos veíamos, ó con dificultad muy grande, cuando me comenzó á preguntar por mi salud, como si me la deseara, ó le fuera de importancia ó gusto. Yo la repliqué con la misma pregunta; dile un largo recaudo de mi amo en agradecimiento de aquella merced, y ofrecíle á su servicio con una elegante oracion que tenia estudiada para el propio efecto. Mas antes de concluirla, en la mayor fuerza de ella, ganada la benevolencia, no la pude hacer estar atenta, ni volverla dócil, porque alborotada con un improviso, me dijo: Señor Guzman, perdone por mi vida, que con el miedo que tengo, todos pienso que me acechan; éntrese aquí dentro, y allí frontero hay un aposento; váyase á él y aguarde en tanto que doy una vuelta por mi casa, y aseguro mi gente; presto seré de vuelta, no haga ruido. Yo la creí, entréme de hilo, y pareciéndome que atravesaba por algun patio, quedé metido en jaula en un sucio corral, donde á dos ó tres pasos andados tropecé (con la priesa) en un monton de basura, y dí con la cabeza en la pared frontera tal golpe que me dejó sin sentido; empero con el salto que me quedaba, poco á poco anduve las paredes á la redonda, tentando con las manos (como los niños que juegan á la gallina ciega) en busca del aposento; mas no hallé otra puerta que la por donde habia entrado. Volví otra vez pareciéndome que quizá con el recio golpe no la hallaba, y vine á dar en un callejoncillo angosto y muy pequeño, mal cubierto, y no todo, donde solo cabia la boca de una media tinaja, lodoso y pegajoso el suelo, y no de muy buen olor, donde vi mis daños, y consideré mis desventuras. Quise volverme á salir, y hallé la puerta cerrada por de-

fuera. El agua era mucha, por lo que fuéme forzoso recogerme debajo de aquel avariento techo, y desacomodado suelo. Allí pasé lo que restó de la noche, harto peor para mí que la Toledana, y no de menor peligro que la que tuve con el Ginoves mi pariente. No solo me afligia el agua que llovia, que aunque no venia cernida, caíame á canal, y cuando menos goteando; mas consideraba tambien qué habia de ser de mí pues ya que me habian armado aquella ratonera, sin duda por la mañana seria entregado al gato. Tras esto me venian luego á la imaginacion otros discursos con que me consolaba diciendo: Líbreme Dios de la tramontana de esta noche, y déjeme amanecer con vida, que cuando el patron de la nave aquí me halle, todo será decirle que su criada me trujo y que soy su marido; porque será menor daño casarme con ella que verme desencajar los huesos á tormentos para que diga lo que buscaba, si acaso con esto se contentan y no me dan de puñaladas, y me sepultan en este mal cimenterio, acabando de una vez conmigo. En esto iba y venia hasta que ya despues de las dos de la madrugada me pareció que ya abrian la puerta, con cuyo ruido todo lo pasado se me hizo flores creyendo seria Fabia que volvia; mas cuando á la puerta llegué y la hallé sin cerrojo ni persona viviente por todo aquello, volví á cobrar con mayor temor mis pasadas imaginaciones, creyendo que detrás de alguna pared ó puerta de la casa esperaban que saliese para con mayor seguro y facilidad quitarme la vida. Desenvainé la espada, y en otra mano la daga; fuí poco á poco reconociendo con la escasa luz de la madrugada los pasos por donde me habian entrado, que no eran muchos ni dificultosos; empero con mas miedo que vergüenza llegué á la puerta de la calle, que hallé tambien abierta. Cuando puse los piés en el umbral, abrí los ojos y vi que lo pasado habia sido castigo de mis atrevimientos, y que aunque la burla fué pesada, pudiera serlo mas y peor. Consoléme y reconocíme, sentí mi culpa, y en este pensamiento llegué hasta mi casa, donde abriendo mi aposento, me desnudé y metíme revuelto entre las frazadas para cobrar algun calor del que con el agua y sustos habia perdido. De esta manera pasé hasta casi las diez del dia sin poder tomar sueño de corrido, pensando y vacilando en lo que podria responder á mi amo; porque si decia la verdad fuera con afrenta notable mia, y me habia de garrochear por momentos, dándome con aquella burla por las barbas, riéndose de mí los niños. Negárselo y entretenerle, tampoco me convenia, pues ya Nicoleta le habia cogido las albricias, y pareceríale invencion para llevarle su dinero. Todas eran matas y por rozar, de una parte malo, y de la otra peor; si saltaba de la sarten, habia de dar en las brasas. Y pensando en hallar un medio de buen encaje, veis aquí cuando un criado tocó en mi aposento, que monsieur

me llamaba. ¡Oh desgraciado de mí! (dije luego) ¿qué haré, pues me cogen las manos en la masa y al pié de la obra, el hurto patente, y por prevenir el expediente? Animo, ánimo (me respondí), ¿cuándo te suelen á ti arrinconar casos como este, Guzman amigo? Aun el sol está en las bardas, el tiempo descubrirá veredas; quien te sacó anoche del corral, te sacará hoy del retrete. Tomé otro de mis vestidos, y tan galan como si tal cosa por mí no hubiera sucedido, subí adonde me llamaba el embajador mi señor. Preguntóme ¿cómo me habia ido, y cómo no le habia dado cuenta de lo pasado con Fabia? Respondíle que me tuvieron en la calle hasta mas de media noche aguardando la vez, y últimamente la tuve mala, y nació hija, pues no fué posible hablarme ni darme puerta. Tambien le dije que me queria volver á echar, porque no me sentia con salud por entonces. Dióme licencia, subíme á la cama, desnudéme, y comí en ella, y así me quedé hasta la tarde, trazando mil imaginaciones, alambicando el juicio, sin sacar cosa de jugo ni sustancia. Como con el enojo y pensamientos no tomaba reposo, ni de un lado tenia sosiego, ni el otro, de espaldas me cansaba, y sentado no podia estar, determiné levantarme. Ya tenia los vestidos en las manos, y los piés fuera de la cama, cuando entró en mi aposento un mozo de caballos, y dijo: Señor Guzman, abajo en el zaguan están unas hermosas que le llaman. Oh! que les venga el cáncer, dije. Diles que se vayan al burdel, ó que no estoy en casa. Parecióme que ya toda Roma sabia de mi desdicha, y que serian algunas maleantes que me venian á requerir con algun ladrillejo: receléme de ellas, hice que las despidiesen, y así se fueron. Aquella noche me mandó mi amo continuar la estacion: respondíle hallarme mal dispuesto, por lo cual quiso que me retirase temprano, y avisase de lo que habia menester, y si fuese necesario, llamar al médico. Beséle las manos por la merced, muy á lo regalon, y volvíme á mi aposento, donde me recogí solo, como aquel dia lo habia hecho. Por la mañana del siguiente amaneció conmigo un papel de mi Nicoleta, quejándose de mí, porque habiéndome venido á visitar el dia pasado no la habia querido hablar, ni darla aviso de lo que la noche antes habia tratado con su ama, y qué causa tuve para haber dejado pasar aquella noche sin dar vuelta por aquella calle, y que me habia esperado hasta mas de las doce. Añadió á estas otras palabras que me dejaron tan sobresaltado como confuso, y para salir de dudas, la respondí por otro billete, que aquel dia por la tarde la visitaria por la calleja detrás de la casa. Estaba la de Fabia entre dos calles, y á las espaldas de la puerta principal habia un postigo, y encima de él un aposento con una ventanilla, por donde cómodamente podia Nicoleta hablarme de dia, por ser calleja de mal paso, angosta y llena de lodo, y entonces lo estaba tanto, que mal y con trabajo pude

llegar al sitio. Cuando en él estuve, me preguntó qué habia sido de mí, qué grande motivo pudo impedirme que la noche antes no la hubiera visitado, cuando no por ella, debiera hacerlo por su ama. Formaba de mí muchas quejas, culpando la inconstancia de los hombres, los cuales, no por amar, sino por vencer, seguian á las mujeres, y en teniéndolas alguna prenda, las olvidaban y tenian en poco. De esto, y de lo que profesaba quererme, conocí su inocencia y malicia de Fabia, pues nos queria engañar á entrambos. Díjela: Nicoleta mia, engañada estás en todo, sabe que tu señora nos ha burlado. Referíle lo que me habia sucedido, de que se santiguaba ella, no cesando de hacerse cruces, pareciéndola no ser posible. Yo estaba muy galan, perniabierto, estirado de cuello, y tratando de mis desgracias, muy descuidado de las presentes, que mi mala fortuna me tenia cercanas; porque aconteció que como por aquel postigo se servian las caballerizas, y se hubiese por él entrado un gran cebon, hallóle el mozo de caballos hozando en el estiércol enjuto de las camas, y todo esparcido por el suelo, tomó bonico una estaca, y dióle con ella los palos que pudo alcanzar. Él era grande y gordo, y salió como un toro huyendo, y como estos animales tienen de costumbre ó por naturaleza caminar siempre por delante, y revolver pocas veces, embistió conmigo, cogióme de bola, quiso pasar por entre piernas, llevóme á horcajadillas, y sin poderme cobrar ni favorecer, cuando acordé á valerme ya me tenia en medio de un lodazal; y tal, que por salvarle, para que me sacase de él, convino abrazarle por la barriga con toda mi fuerza. Y como si jugáramos á quebranta barriles, ó á punta con cabeza, dándole aldabadas á la puerta falsa con hocicos y narices, me traspuso (sin poderlo excusar, temiendo no caer en el cieno) tres ó cuatro calles de allí, á todo correr y gruñir, llamando gente, hasta que conocido mi daño me dejé caer sin reparar adonde. Y me hubiera sido menor mal en mi callejuela, porque supuesto que no fuera tanto, no fuera tan público, y tenia cerca el remedio. Levantéme muy bien puesto de lodo, silvado de la gente, afrentado de toda Roma, tan lleno de lama el rostro y vestidos, de piés á cabeza, que parecia salir del vientre de la ballena. Dábanme tanta grita de puertas y ventanas, y los muchachos tanta priesa, que como sin juicio buscaba donde esconderme. Vi cerca una casa, donde creí hallar un poco de buen acogimiento; entréme dentro, cerré la puerta, híceme fuerte contra todo el pueblo que deseaba verme; mas no me aconteció segun lo deseaba, pues al malo no es justo sucederle cosa bien, pena es de su culpa, y así lo fué de la mia el mal recibimiento que allí me hicieron, como lo sabrás en el siguiente capítulo.